

El Reino de Aria

Naraf

Image not found.

Capítulo 1

SONATA No. 1

El Nacer de un Prodigio

Primer Compas

Tímida y sutil, ese ha sido el camino de la música desde su origen. Ya sea como entretenimiento o símbolo de sofisticación, por años, la gente a visto la sombra de lo que es, el arte de combinar los sonidos para hacerlos gratos a los oídos ignorando lo que, para aquellos que se dedican a ella de corazón, saben, y es que va más allá de lo que escuchan, de lo que ven, es la voz del alma, sinónimo de la vida misma.

Dentro de un elegante carro de motor, una distinguida dama alemana viajo a Boston en búsqueda de sus dos hermanos mayores. Aunque la edad de los caballeros era avanzada, tuvo temor de que su salud empeorara tras haber leído las últimas cartas del ama de llaves

Los nombres de los ancianos eran Ernst y Karl Mayer, dos solterones y jubilados músicos reconocidos en toda Europa. Desde muy temprana edad y gracias a su gran talento, los señores Mayer tocaron para los grandes compositores de aquella época; mientras que su hermana, la señora Elizabeth Schütz, era una dama viuda con dos hijos, dedicados a los negocios y a las leyes. Al igual que sus hermanos, desde muy chica, la señora Schütz mostro gran talento musical, y aunque por muchas situaciones (sobre todo por ser mujer) le fue imposible ejercer la música de manera profesional, ella fue capaz de abrirse camino, siendo reconocida por su buen gusto entre los más distinguidos músicos y críticos de la época.

Al llegar a la mansión, la señora Schütz se alivió de ver a sus hermanos en tan buen estado y del jovial aire en sus arrugados rostros, pero al paso de los días y conociendo el sonido de sus instrumentos, la dama pudo entender a lo que el ama de llaves se refirió en sus cartas. Se trataba de una triste y misteriosa sonata que constantemente tocaban, el cual, tenía un sonido muy parecido a un llamado de auxilio. Intrigada por las notas del violín, por varios días, la señora Schütz pregunto a sus hermanos del origen de la sonata y del porque la tocaban, y aunque en un principio, los caballeros ignoraron las preguntas, tras mucho insistir, logro que ellos hablaran:

En uno de esos días de consulta, el doctor William, quien actualmente nos atiende, nos avisó de su viaje a Paris, pero en su ausencia. Durante esa semana, Karl y yo imaginábamos como sería el joven doctor, su temperamento, la energía que transmitirá cada vez que hablásemos con

él, pero ni la más descabellada idea se acercó a lo que el doctor nos había enviado, pues el gran alumno del doctor William, era nada más, y nada menos, que una hermosa doncella de rizos pelirrojos y enormes ojos color violeta.

En los primeros días, la jovencita nos mostró su gran profesionalismo: atenta y muy minuciosa en cada consulta, paciente en sus explicaciones, en resumen, un verdadero ángel—emocionado, dijo el señor Ernst.

—Lo que dices es muy interesante, pero ¿qué tienen en común la joven doctora con la melancólica sonata? — confundida, preguntó la señora Schütz

—A eso voy:

En uno de esos días de consulta, nuestra joven doctora llegó más temprano que de costumbre, en ese momento tocábamos algo de Bach. Aunque somos conscientes del efecto que tenemos con nuestros espectadores, la reacción que ella tuvo fue tan inesperado, que al final nos cautivó: el radiante brillo en sus ojos violetas, sus delgados y finos dedos moviéndose al ritmo de la partita, ella estaba enlazada a nuestra pieza, escucho el trasfondo de la melodía, y creo que esa particular reacción, hizo que, por impulso, Karl le entregara su violín.

Al principio, como cualquier primerizo, la joven no sabía qué hacer, nos dio mucha gracia el modo en que miraba a Karl cuando este le explicaba, pero cuando creímos prudente quitarle el violín, extrañamente sus dedos se aferraron al diapasón, y en un solo segundo, se escuchó la misteriosa e impresionante sonata. Jamás habíamos oído algo tan sincero y hermoso como la sonata aquella tarde, era como si clamara ayuda, realmente conmovía el corazón, y el hecho de que viniera de una persona de quien, sería ilógico que tocara, nos dejó paralizados.

Al terminar la pieza, por algunos segundos, la señorita Eisenberg se quedó pasmada, mirando sin rumbo, y cuando reacciono, con lágrimas en sus ojos huyo de nosotros sin decir adiós. Al día siguientes tratamos de contactarla, pero fue imposible, pues el doctor William regresó de su conferencia, dejándonos con el pendiente de la joven doctora.

Después de haber escuchado la historia, incrédula, la dama les preguntó:

— ¿Han corroborado sus antecedentes? Posiblemente se trate de una estafadora.

—Por supuesto que sí, de hecho, ya hicimos nuestras investigaciones. Su nombre es Eisenberg Noemí, es sobrina del director del área de medicina de Harmark, el doctor Eisenberg Jethro, también es una de las mejores alumnas de la universidad, próximamente será la primera mujer en

graduarse como médico, y lo más sorprendente, es que jamás, jamás, ha tenido clases de música, incluso, nunca había sostenido un violín hasta ese día —respondió el señor Karl.

— ¿Pero tienen en cuenta que esto, va en contra de lo natural?

—Claro que sí, pero todo esto es real, y creemos debes ser tú, la que hable con ella.

— ¿Yo?

—Sí Elizabeth, tú— respondió el señor Ernst.

Pero al ver el molesto rostro de su hermana, el señor Karl poso sus manos en los hombros de ella, y con un tono suave dijo:

—Hemos hecho de todo para hablar con ella, desgraciadamente ha sido imposible acercarnos, pero si tú, una dama respetable y apasionada comparte su pasión por la música, estamos seguros que ella se identificará, y sin duda, aceptará nuestra invitación.

— ¿Invitación? Entonces pretenden...

— ¿Convertirla en nuestro discípulo? Si Elizabeth, eso queremos.

De inmediato, la señora Schütz se levantó de su silla y muy enojada exclamó:

— ¡Esto es indignante! ¿Por qué tendría que hablar con ella si es evidente que no quiere estudiar música?

—Porque al igual que nosotros, a ti no te gustaría que alguien más repitiera tu historia.

Y aunque la frase toco su corazón, molesta, la dama se fue del comedor para encerrarse en su habitación.

En el transcurso de la noche, la señora Schütz no pudo conciliar el sueño a causa de la joven doctora. Durante años, sus hermanos solo tuvieron 3 alumnos de gran trascendencia musical, cuando al fin visitaron escuelas de música rara vez daban consejos, pues su filosofía era: para ser un músico no es suficiente el talento, pues la disciplina, la dedicación y la pasión son los moldeadores para forjar grandes músicos, pensamiento que fielmente compartía y de aceptar la petición atentaría contra ella.

Por otro lado, y de ser cierta la historia, la idea de que un músico fuera talentoso de nacimiento se convertiría en algo trascendental, y si no la ayudaba, como habían dicho sus hermanos, por toda su vida estaría

arrepentida.

A la mañana siguiente, luego de disculparse con sus hermanos, la señora Schütz accedió a su petición, con la condición de que le permitieran hacer una previa investigación.

Fue en una mañana de otoño, en los jardines de la universidad, cuando la señora Schütz la conoció. Entre la densa niebla, mientras frotaba sus manos, la dama imaginaba como sería Noemí y el misterio que le rodeaba, pero antes de que el sol le alumbrara, la dama vio llegar a la joven.

Como habían dicho sus hermanos, la chica realmente era hermosa: el rojizo de su rizado cabello era como las hojas del otoño, sus ojos parecían radiantes amatistas, labios tersos y rosados, piel de porcelana y facciones muy finas. Le sorprendía que alguien tan bella se vistiera de forma tan sencilla: su vestido era maduro y con colores muy opacos, en su rostro no había ni un toque de maquillaje y el único complemento que traía consigo era un modesto lazo en su cabello.

Antes de que la señora Schütz se presentara, la jovencita extendió su mano, y con una radiante sonrisa, le saludo:

—Buenos días ¿Usted es la señora Schütz?

—Me imagino que usted debe ser la doctora Eisenberg.

—Efectivamente, me alegra mucho al fin conocerla, el doctor Cromwell me conto maravillas de usted a su regreso de la Convención de París.

— ¿Qué coincidencia? Lo mismo iba a decir respecto a mis hermanos.

—Bueno, los señores Mayer fueron pacientes muy atentos, de los mejores que he tenido, y supongo que ellos, son el motivo de su visita.

—Es cierto.

—Siendo así, dígame ¿En qué puedo ayudarle?

—Bueno, antes de eso me gustaría charlar con usted ¿Podemos sentarnos?

—¡Claro que sí!—afable, la joven le dijo mientras le indicaba la banca más cercana.

Cuando las dos estuvieron sentadas, con un tono serio, preguntó la señora

Schütz:

— Como sabe, tengo muy poco tiempo de haber llegado a Boston, aunque el doctor Cromwell es el doctor a cargo, como cómplice de mis hermanos es difícil persuadirle, y siendo usted la última en atenderlos, me gustaría saber ¿Cuál es su verdadera condición?

— Bueno, con excepción de su artrosis yo diría que los señores Mayer gozan de muy buena salud.

— ¿Está segura de su diagnóstico? Porque de ello depende la petición que le hare.

— Claro que sí, su salud es muy buena y sin duda, sus hermanos tendrán una larga y prospera vida.

— ¿Y no tienen, no sé...problemas auditivos?

— Aunque parezca extraño, su audición está en muy buen estado.

— ¿Segura?

— Por supuesto ¿Por qué la pregunta? Dígame, ¿Ha notado algo extraño en ellos?— preocupada, preguntó la joven doctora.

— Claro que sí, al parecer, por culpa de una virtuosa violinista, ellos están tristes, y si en estos días no se recuperan, temo que su salud decaiga.

Ante tal respuesta, acongojada, Noemí agacho su rostro quedando en un profundo silencio, y al ver su reacción, con un tono comprensivo, la señora Schütz preguntó:

— Dígame ¿Por qué ya no regreso?

— Una disculpa si los asuste, sé que mi comportamiento fue vergonzoso.

— ¿Vergonzoso? Pero si nada malo paso—risueña, la dama respondió.

— ¡Claro que sí!.... tuve un episodio de psicosis.

— ¿Psicosis?

— Alucinaciones que no tiene sentido con la reali....

— ¿Cómo tocar el violín? Porque si a eso se refiere, entonces, déjeme informarle que lo que escucho, no fue producto de su alucinación.

Al escucharle, de inmediato, la joven se asustó, pues de todos los argumentos que se había planteado, jamás imagino que fuese verdad. Viéndola decaída, la señora Schütz puso su fina mano en las manos de Noemí, y con una compasiva mirada, agregó:

—Entiendo porque pensó en todo menos en que la alucinación fuera real, lo cierto es que sucedió, y es por eso que estoy aquí, mis hermanos están muy interesados en usted y en su sorprendente talento musical.

—Agradezco su atención señora Schütz, pero no podré.....

— ¿Y por qué no?

—Bueno, mis obligaciones, la escuela, las prácticas, como ve, ya tengo una vida; además, a mi tío no le agrada la música— decaída, argumento.

— Pero usted no es su tío, y en este momento, sus ojos no pueden contener la alegría que sintió al tocar el violín.

La doctora quedó en silencio tratando de negarse a sí misma el bienestar que sintió aquel momento, y percibiendo el conflicto que tenía la joven consigo misma, la dama continuó:

— Se lo que puede significar el sacrificar parte de su tiempo para dedicarse a la música, pero si cuando toco el violín se sintió libre, apasionada y con deseos de seguir tocando, entonces, no cometa el mismo error que yo cometí cuando tuve su edad y acepte la oferta. Si no lo haces, le aseguro que jamás encontrará la plena felicidad

Después de un breve silencio, entregándole una tarjeta, agregó:

—Las puertas de la casa están abiertas para usted, y de todo corazón, espero acepte.

— Gracias señora Schütz.

— Al contrario, gracias a ti por haberme atendido.

Y con una gentil sonrisa, la señora Schütz se despidió de la joven, y con elegante paso, desapareció entre la niebla.

Capítulo 2

Tras un extenuante día de clases y prácticas, en el sonido de las hojas movidas por el viento, Noemí atravesó los jardines otoñales de la universidad para llegar al gran comedor. En todo el día, no dejó de pensar en la visita de la señora Schütz, y en el descubrimiento de su misterioso talento y confundida por el temor y las dudas, tuvo la necesidad de sentarse en uno de los bancos del oscuro jardín.

Al cerrar sus ojos, en su mente volvió a revivir el día. El eco del recuerdo se hizo más claro y dulce, no solo era la voz del violín, ahora podía sentir en sus yemas lo rasposo de las cuerdas al presionar las notas, el polvo de la brea impregnándose en sus mejillas, el coordinado movimiento del arco danzando sobre las cuerdas al ritmo del corazón, el dulce olor de la madera irresistible al alma, tanta emoción y pasión, solo podían ser sinónimo de felicidad. Ante tal dicha, una risa en lo profundo de su ser, mezclada con lágrimas de felicidad quisieron salir, pero antes de poder expresar su alegría, una voz familiar le vino a despertar.

Se trataba de su amigo y discípulo de su tío, el doctor Henry Brown, joven de 27 años, galante y de gran atractivo. Desde hace tres años, el doctor Henry había venido de la universidad de Cambridruss para hacer sus investigaciones.

Enamorado de la belleza, la alegría e inteligencia de la joven Noemí, constantemente, el caballero expresó a la joven sus sentimientos, pero la distracción de ella, los estudios, las prácticas agotadoras y el desinterés de la joven por el romance hicieron que, con el tiempo, su relación fuera solo amistosa.

—¡Doctor Henry! que sorpresa, no pensé encontrarlo por aquí
—sorprendida, exclamó Noemí.

—Lo mismo digo, me extraña ver a la pequeña princesita de Harmark, oculta en la oscuridad del bosque.

—Dudo que las princesas se vean como yo— Tras reírse, ella respondió.

—Eso es cierto, usted es más hermosa que ellas—Henry se rió con ella.

—Y usted muy galante.

—Bueno, solo sigo su consejo de....

— ¡Los valientes arrebatan los sueños!— en coro lo dijeron.

— ¡Está bien!, no discutiré con usted—entre risas agregó Noemí.

Luego de compartir un momento alegre, la tranquilidad se hizo presente, y mirando hacia el edificio, ante el absoluto silencio, el doctor preguntó:

— ¿Pensativa?

—No lo sé, supongo que sí.

— ¿Y ya aclaro su mente o necesita de más tiempo? Porque si gustas, puedo decirle a tu tío que no te he visto.

—No, aun no lo he hecho, pero le suplico, quédese.

—Ante tal suplica, me alaga saber que confía en mí— un poco bromista, el doctor respondió mientras se sentaba.

— ¡Vamos Henry!, eres mi mejor amigo.

—Y por el bien de mi corazón, fingiré no haber escuchado—un poco indignado, pero entre risas, respondió

—Nuevamente diciendo ese tipo de cosas.

—Hasta que no llegue un buen candidato, fingiré ser su eterno admirador, pero dejemos eso a un lado y por ahora, dígame ¿En qué puedo ayudarle?

—Bueno..... ¿Recuerda a los ancianos que el doctor William me dejó a cargo cuando fue a la Convención de Ciencias celebrada en París?

— ¿Te refieres a los señores Mayer?

—Así es....pues hace unas horas, su hermana estuvo aquí.

—¿Te pidió un diagnostico?

—Bueno, no exactamente.

—¿Entonces? ¡Imposible! ¿Se enojó con usted porque los atendió?

— ¡Nada de eso!

—¿Y entonces?

—Después de decirle mi diagnóstico, curiosamente me hizo una propuesta.

—¿Una propuesta? —sospechoso, preguntó —y ¿Qué tan indebido es?

—¿En qué sentido lo dice?

—¿Es algo riesgoso?

—Solo para mí tío.

—No me diga ¿Tiene algo que ver con música?

— ¿Cómo lo sabe?

—Noemí, todo este tiempo viviendo con ustedes, sé que cuando dices “algo indebido” tiene que ver con pretendientes, o con música. Además, esta mañana, el doctor William me comento de la visita.

—Y supongo que te conto del pasado sus hermanos ¿Cierto?

—No.

—Entonces ¿Les conoce?

—Desafortunadamente los cotilleos en las fiestas son muy comunes en la vida de un inglés, y la señora Schütz no está exenta de ellos, además, mis padres eran grandes admiradores de sus hermanos.

— ¡Qué buena noticia! entonces ¿Qué me aconseja?, ¿Debo aceptar su oferta?—impaciente, la joven pregunto al doctor.

—Bueno....si la señora Schützt me lo hubiese propuesto, en definitiva, aceptaría la oferta; según tengo entendido, no es fácil que la familia comparta de su conocimiento musical, pero siendo usted la implicada... depende de cuanto lo deseé.

—¿Pero no cree que mi tío se oponga?

—Dudo que su tío sepa de los negocios de los Mayer.

—Entiendo— pensativa, Noemí respondió.

Nuevamente los candelabros alumbraban el gran comedor, entre las rebosadas mesas de un próspero futuro, se levantaba una donde los pilares cenaban; acompañado de grandes eruditas de la ciencia, estaba el

gran decano Eisenberg.

El doctor Jethro era un hombre respetable en la sociedad de Boston, integro, caballeroso y un ejemplo para muchos. El pasado del doctor, incluso para Noemí, era un misterio, rara vez el doctor Eisenberg contaba de su vida o de su familia en Alemania y lo único que Noemí sabía de sus padres es que fueron músicos y que a causa de ello murieron, motivo por el cual, al doctor le desagradaba la música.

Después de que los jóvenes se sentaran, con gran entusiasmo el doctor Eisenberg anuncio a todos sus colegas la llegada de la carta de su amigo de Londres, el doctor Tomas Harrison. Cada mes, el doctor Eisenberg recibía cartas de su amigo, las cuales eran adornadas de descubrimientos de la Real Sociedad de Londres, y halagos hacia su trabajo, que, sin duda, le hacía regocijarse. Aprovechando esta gran oportunidad, Noemí creyó oportuno el hablar con su tío de su encuentro con la señora Schütz y su propuesta (exceptuando el nombre de los señores Mayer y el asunto de las clases de música), a lo cual, el caballero respondió:

—Si quieres y si has terminado con tus deberes, entonces, tienes mi aprobación.

Aunque la jugada había funcionado, ella no estaba segura de aceptar. Por varios días, Noemí siguió con su vida: despertar, asistir a las clases y prácticas, ir al hospital para atender a los pacientes y cenar en el gran salón, pero en todos esos días, la gran sensación de sostener el violín no desaparecía, cada frase, cada sonido y el soplo del viento era similares al violín. Confundida por todo este embrollo, la chica puso todo en las manos de su Dios (pues ellos eran judíos) y tras varias noches de suplicas, mientras dormía, tuvo una visión:

En esa visión, Noemí se vio frente a un auditorio lleno. Mirando expectante cada uno de sus movimientos, la gente esperaba escucharla. Al observar su alrededor, un violín se posó entre su mano, del cual, se podía sentir el latir de su alma.

Una apacible voz se escuchó en lo profundo de su mente, el cual le aconsejaba: “toca el violín, toca” y tomando el frágil instrumento lo puso sobre su fina clavícula, con el arco, froto las cerdas sobre sus cuerdas moviendo con destreza la muñeca.

Tres fueron las arcadas sobre la cuerda de sol, y llegando al talón del arco, sus dedos se aferraron al diapasón como si el violín fuera parte de su cuerpo. Cerrando sus ojos, la doncella nuevamente toco la pieza de sus sueños, la obsesiva pieza que toco con los señores Mayer: Tonos suaves y excitantes, la gloria de un reino prospero, lleno de vida, llamando con ternura a su creador, fue la interpretación de aquella fina canción, de la cual, ninguno podía dejar de admirar; era manjar al oído, golpe al

corazón, dulzura al alma y mariposas al estómago.

Bajo el encanto de sus notas, nuevamente la felicidad envolvió el alma de la joven cambiando el rumbo de la canción, y en una gran explosión de adrenalina, miles de destellos, con una infinidad de colores deslumbró sobre la gente, despertando un brillo de sus ojos, era el avivamiento de sus almas, el fuego en la vida, quienes al igual que ella, experimentaban la libertad del espíritu. Ante el suceso, soliloquiando en su mente, ella se preguntó: "¿Este será el propósito que tienes o es algo simbólico?" y entre su actuación, la misma voz habló a su corazón haciéndole entender que aquel extraño sueño era la respuesta a sus temores.

Al siguiente día, tras terminar las clases, Noemí fue a la mansión de los señores Mayer. Aunque una parte de ella estaba decidida a entrar, la otra parte aún tenía miedo a lo que pudiera suceder al cruzar, pero a pesar de todos los temores, dudas y conflictos en ella, al final, tuvo el coraje para llamar a la puerta. Caminando por los pasillos, pensaba que, tras el incidente, las cosas cambiarían con los señores Mayer, pero fuera de lo que pudo imaginarse, a la entrada de la sala nuevamente encontró a aquellos galantes viejecitos, sentados e impacientes de poder tocar:

— ¡Doctora Eisenberg! —esbozando una resplandeciente sonrisa, los caballeros le dieron la bienvenida.

—Espero no ser inoportuna.

—Por supuesto que no mi niña, pero por favor siéntese con nosotros mientras nos traen un poco de té— señalando uno de los asientos, le dijo el señor Karl.

Antes de poder sentarse, la servidumbre llegó con algunos aperitivos, acompañada de la señora Schütz.

—Como siempre, mi bella hermana llega en el momento exacto— muy contento comentó el señor Karl, luego, volviendo su mirada a Noemí, agregó—tengo entendido que ustedes ya se conocen.

— ¡Efectivamente! —muy segura exclamó la señora Schütz, y acercándose a la doncella, tiernamente la estrechó entre sus brazos, susurrándole al oído—me alegra ver a alguien tan valiente como tú.

Luego de esto, la dama tomó asiento a lado de sus hermanos y muy contenta comentó:

—Ahora que todos estamos reunidos, debo suponer que usted ha

aceptado nuestra oferta ¿Cierto?

—Bueno...antes, me gustaría hablar con ustedes...

—Supongo que tendrás tus condiciones—interrumpió el señor Ernst

—Más que condiciones, tengo dudas respecto a la oferta.

—¿Y cuáles son? —tiernamente, pregunto el señor Karl.

—Como ustedes saben, mi tío es como mi padre. Desde que tengo uso de razón, me ha evitado cualquier contacto con la música por razones que, en cierto modo, son justificables, y si se enterara de que estoy tomando clases sin su consentimiento, seguramente se disgustaría.

—No se preocupe, somos conscientes de su situación y por ello mantendremos este asunto en secreto —aseguró el señor Karl.

— ¿Alguna otra duda? —entusiasmado, el señor Ernst pregunto.

—Mis horarios, estoy cursando los dos últimos años de medicina y mi horario no es muy accesible...

—Para eso nos tendrás disponibles las 24 horas del día—señalando a sus hermanos, dijo el señor Ernst.

—¡Pero no me gustaría causarles molestias! —avergonzada, cometo Noemí.

—Para nada, además, nosotros fuimos quienes le extendimos la invitación.

—Si me aceptan, aunque no pueda practicar en casa, me comprometo a que en todas las clases me esforzare al máximo para ser un buen aprendiz— motivada, comentó Noemí.

—Y de eso no tenemos duda querida— dijo la señora Schütz.

— ¿Algo más que quiera preguntarnos? —pregunto el señor Karl

—No, eso creo.

—Aclaradas las dudas, ¿Aceptas nuestra propuesta? —impaciente, pregunto el señor Ernst.

—Sí, acepto su propuesta.

—Entonces, ¡sea usted bienvenida a sus clases!— le dijo el señor Karl mientras le daba un abrazo de bienvenida.

Luego de darle un abrazo de bienvenida, entusiasmado dijo el señor Ernst:

—Desde mañana empiezas; nosotros estaremos a su disposición el tiempo que sea necesario. y por el instrumento no se preocupe, ya hemos comprado un violín para su uso personal, con esto, usted puede practicar en casa cuantas veces quiera.

En medio de la gran bienvenida, rápidamente la señora Schütz se levantó de su asiento, y posando su mano en el hombro de Noemí, emocionada dijo:

—Espero no ser inoportuna, pero, desde que estoy en esta casa, tengo un enorme deseo de escuchar la misteriosa sonata, interpretada por ti, querida.

Al escuchar su petición, muy entusiasmado, el señor Karl pidió a la mucama que trajera el violín.

Como el primer día, la joven tocó las cuatro cuerdas al aire combinando notas al azar hasta perder el control, tras aferrar sus dedos al diapasón una hermosa melodía surgió: los sueños y esperanzas de todo músico estaban reflejados en el violín, no había duda alguna, en ella habitaba la pureza de la música.

Según los señores Mayer, la ejecución de la pieza fue indescriptible, el sentimiento, la destreza y la intensidad eran tan sublimes que nadie se atrevía a hacer algún ruido, por miedo a arruínala. Al presenciar el espectáculo, la señora Schütz aseguraba que, para cualquier experto, sería imposible encontrar palabras que describieran el acontecimiento, a pesar de ellos, todos en común acuerdo sabían que título poner a la pieza:

“EL NACER DE UN PRODIGIO”

Capítulo 3

Segundo Compas

Habían transcurrido 8 meses desde que Noemí acepto ir las clases de violín. Aunque las obligaciones de la escuela y del servicio fueron asfixiantes, no fue impedimento para cumplir con sus clases y prácticas.

En una tarde de otoño, a la oficina del doctor Jethro llego una de las cartas del doctor Thomas Harrison. El doctor Harrison fue compañero de habitación del doctor Eisenberg en Cambridruss y gran amigo; tras graduarse, su amistad los llevo a trabajar en el hospital Anddebrich, y por esos años de excelente trabajo, los jóvenes se convirtieron en doctores de renombre. Lamentablemente la separación fue inevitable cuando al doctor Jethro, le ofrecieron una vacante como profesor de medicina en Harmark.

Tras muchos años de comunicarse por cartas, el doctor Harrison aviso que llegaría a Boston, y ante tan agradable noticia, rápidamente el doctor Jethro pidió al doctor Henry el buscar a su sobrina. Antes de llegar al salón, el doctor Henry levanto su rostro y por el pasillo vio a su amiga caminando sigilosamente. El extraño comportamiento despertó el espíritu aventurero del joven, atisbando cada paso de su amiga.

Al verla caminar por el jardín público (pues Noemí gustaba de cruzar este jardín para ir al Hospital de Massachusetts) el doctor se sintió cómodo, pensando que su amiga cumpliría con sus prácticas, pero cuando le vio salir de Boston Common, rumbo a donde tiempo después, se haría la ópera, el joven la siguió hasta la casa de los señores Mayer. Luego de que Noemí entrara en la mansión, a su memoria vino la plática que sostuvo la joven con la señora Schütz sobre las clases de "apreciación musical", y curioso por el contento semblante de su amiga, se ocultó entre los arbustos de los ventanales para espiar.

Grande fue su sorpresa cuando al asomarse, la descubrió sosteniendo un violín; de todo lo que pudo haberse imaginado jamás se le ocurrió que la propuesta fuera el enseñarle a tocar el violín, y aún más porque sabía los requisitos que se debía cumplir para aspirar a ser alumno de los señores Mayer.

En un principio, su amiga trataba de leer las partituras, siendo algo torpe en sus arcadas, esto, causo incontenible risa en el doctor, pero después de que el señor Karl le explicara a la joven algunos detalles de la pieza, Noemí comenzó a tocar de manera soberbia. Sin duda, la impresión petrifico al joven doctor, sabía que, para alguien como Noemí, era imposible tocar de ese modo, pero recordando las reacciones que tenía el doctor Jethro, cada vez que alguien mencionaba la música, de inmediato, intuyo que aquello que parecía un milagro, en realidad, era el motivo de

su molestia.

Decidido a hablar con el decano, el doctor camino por los pasillos hasta llegar a la oficina, pero frente a la puerta del despacho, extrañamente su mano se detuvo. Según él, más que su inexplicable forma de tocar el violín, en su memoria quedo impregnado el rostro de su amiga. De todo el tiempo que le conocía jamás le había visto brillar tanto, su sincera sonrisa y apacible mirada, era evidente la gran felicidad que le producía tocar el violín. Consciente de lo que podría ocurrir, aquel hombre pensó "Sería muy cruel que yo terminara con su felicidad" Pero justo antes de bajar la mano, el doctor Jethro abrió la puerta.

Mirando por los alrededores, de inmediato, el doctor pregunto a su discípulo por su sobrina, pero antes de que el decano le hiciera otra pregunta, el caballero (con cierto nerviosismo) invento una sencilla historia, cubriendo la ausencia de Noemí.

Estaba a punto de oscurecer cuando Noemí llego a la residencia. Como siempre, ella se quitó el abrigo, dejo sus cosas en el armario, pero antes de ir al estudio, muy serio, el doctor Henry le tomó por sorpresa, encaminándola hacia el despacho de su tío:

— ¡Qué bueno que llega! —sarcástico, el doctor le susurró al oído.

— ¿Qué pasa?— sorprendida, preguntó Noemí.

—Tu tío te ha estado buscando y tuve que mentir para que no te descubriera.

— ¿Descubrirme de qué?

—Sobre tus clases de violín.

— ¿Cómo se...

—Después te explico, solo dígame que fue difícil el examen y por ello no pudo salir cuando fui a su salón —susurrante, le interrumpió.

— ¿En qué examen fue?

—Anatomía, con el maestro Peterson

—Muchas gracias, estoy en deuda con usted— le dijo Noemí, mientras giraba la perilla de la puerta.

—¡Suerte! —le deseo el doctor mientras se alejaba.

Al entrar, muy contento y con un tono cálido, su tío le dio la bienvenida:

— ¡Hija! Qué bueno que al fin llegas.

—Muy buenas tardes tío.

—Dime ¿Qué tal tu examen?

—Complicado, pensé que no terminaría a tiempo, por eso no pude salir cuando el doctor Henry me llamo —rodeando el escritorio, Noemí le contestó a su tío.

—Discúlpame por haberte molestado, pero ya me conoces, recibí una buena noticia y solo quería compartirlo —tomando la mano de su hija, el doctor dijo.

—No tiene por qué disculparse, además, termine a tiempo el examen.

—Me alegra escucharlo, de cualquier forma, el doctor Harrison cenara con nosotros esta noche, así que...

— ¿El doctor Harrison estuvo en la universidad?

—Sí, llego una hora después de que Henry te buscara; como escucho de tu desempeño en la facultad, él quería saludarte, pero al enterarse de tus exámenes, lo invite a cenar con nosotros.

— ¿Solo a cenar? Pensé que se hospedaría aquí.

—Yo también, desgraciadamente, cuando estuvo en la Convención de París prometió al doctor William hospedarse con él.

—Ya veo, por cierto ¿Ya preparo Amelia la cena o quieres que le ayude?

—No lo sé, supongo que ya, pero de todos modos antes de que subas, pregúntale si necesita ayuda.

—Sí tío.

— Por cierto, revisa que Annette haya alistado la plata, los manteles finos ¡Ah! y el vino francés.

—Claro que sí.

—Cualquier imprevisto no dudes en informarme.

—Tranquilo tío, verás que todo saldrá bien.

Y después de observar a su querida sobrina, tras un profundo suspiro, el doctor dijo:

—¡Hay hija!— suspiro profundamente— ¿Qué haría yo si ti?

—Seguramente sería un desastre.

—Seguramente — acompañado de una risa, el caballero respondió.

—Pero gracias a Dios estamos juntos.

—Tienes razón pequeña, tienes mucha razón.

Mientras el olor del banquete perfumaba la casa, Noemí ayudo a Annette en los detalles del comedor. Al comprar las flores, Noemí pensó que Henry (quien en ese momento les acompañaba) hablaría con ella sobre las clases de violín, pero curiosamente, en todo el camino, el joven actuó con ella como si nada hubiera sucedido.

Al caer la noche, muy puntuales, los doctores Harryson y William llegaron a la cita. Durante la cena, las memorables historias de los doctores y las alegrías de los buenos momentos académicos fueron el tema principal, pero tras una larga charla, el doctor Harrison hablo de las proezas de su hijo y de su amplia investigación: en él, explicaba la importancia de forjar los fundamentos de medicina desde la infancia y como ejemplo, el joven había planteado la vida de Noemí y su excelente formación con el doctor Jethro. El análisis de la investigación fue tan extenso, que, sin darse cuenta, llego la hora de que los caballeros se fueran.

Terminando la velada, después de que el doctor Jethro se fuera a dormir, los dos jóvenes salieron al jardín. Encaminándose hacia el enorme árbol, Noemí comento:

—La luna se ve más esplendida que de costumbre.

—Al igual que usted en esta cena.

—Vamos, usted también ha estado esplendido.

—Claro que no, para el doctor Harrison, usted fue la estrella.

Por un breve rato los dos se rieron tras esta tierna pelea, pero al

tranquilizarse, Henry agregó:

— Parece que al doctor Harrison le agrada.

— Bueno, él me conoció cuando apenas era una bebé, dice mi tío que incluso, él y su esposa le ayudaron a criarme, supongo que por esta feliz de que estudie medicina.

— Supongo que todos a su alrededor deben de estarlo, pero ¿Qué me dice usted? ¿Realmente le gusta?

— ¡Claro que sí!

— ¿Segura?

— Por supuesto ¿Por qué lo pregunta?

— Bueno, es por el tono de su voz.

— ¿Mi tono? ¿A qué se refiere con ello?

— Seamos sinceros, la medicina no te apasiona del todo.

Al escucharle, los ojos de Noemí se mostraron confusos y miedo, y agachando la mirada hacia el pasto, respondió:

— No lo sé, aun no estoy segura de ello.

El doctor Henry la observo por algunos segundos y con un tono serio, le pregunto:

— Dígame ¿Desde cuándo aprendió a tocar el violín?

— Bueno, no sé si debo decirle.

— Después de lo que hice ¿Aun desconfía de mí?

— No es eso.

— ¿Y entonces?

— ¡Es que ni yo me lo explico!

— Con más razón debería decirme.

— ¿Aunque suene ilógico?

—Aunque suene ilógico.

—¿Pero....

—¿No se supone que para eso son los amigos?

Y después de un breve silencio, con voz apenada, Noemí respondió:

—Desde hace 8 meses.

— ¡Ocho meses?! —sorprendido, exclamó.

—Usted me dijo que fuera sincera.

Levantándose de su asiento, el caballero camino de un lado a otro, tratando de ordenar sus pensamientos, pero después de unos segundos, frotándose la nuca, exclamó:

— ¡Lo sé, lo sé! solo, estoy confundido.

—No debería sentirse así, en realidad no soy tan buena.

— ¿No tan buena?..... ¿Sabe cuánto tiempo le lleva a los violinistas tocar como usted lo hace?—sorprendido, preguntó a Noemí.

—No lo sé, supongo que algunos años.

—¡Algunos!—sarcástico, exclamó— Para tener su técnica, mínimo, los jóvenes estudian quince años, si no es que más — y después de un breve silencio, agrego — Creí que no había aceptado la propuesta.

—Pues yo aseguraría que usted me dijo que aceptara.

—¡Por qué no pensé que se tratara de aprender a tocar el violín! —le respondió un poco exasperado, pero después de un profundo respiro, prosiguió — Mire, no puedo negar su talento, sin duda eres fantástica en el violín, pero como amigo tengo la obligación de hablarle con la verdad, y lo cierto es, que el mundo de la música es muy complejo. Y no lo digo por la estabilidad, ni por temor a que deje la medicina, sino porque es una mujer. El público es un monstruo de mil cabezas a la hora de criticar y más para con los nuevos talentos.

— ¿Pero no también en la medicina son crueles?

—Si, pero...

—Amigo, no tiene de qué preocuparse, si Dios me ha ayudado en la medicina, entonces, también me ayudara en la música, además, no ha

pasado por mi mente en convertirme en músico profesional.

—Puede que usted piense así, pero ¿Qué me dice de los señores Mayer?

—Desde el inicio hable con ellos de mi postura y aun así aceptaron enseñarme.

—Bueno, si lo que dice es cierto, entonces, me mantendré tranquilo

—¡Muchas graci.....

—Pero antes, tiene que aceptar una condición.

—Sabía que me pediría algo.

—Si no lo hago, usted jamás accede a mis peticiones.

—Bueno, bueno, está bien ¿Qué quieres que haga? —dijo Noemí tras un profundo respiro.

— ¿Cómo? ¿Escuche bien o en verdad no piensa discutir? —sorprendido pregunto.

—Siempre y cuando sea una petición razonable, de lo contrario, apelare.

— ¡Vaya! usted debió estudiar leyes.

—Lo mismo le dijo Annette a mi tío, pero bueno ¿Cuál es su petición?
—entre risas dijo Noemí.

—Necesito que me ayudes en los últimos detalles de mi investigación—pidió Henry juntando sus manos en forma de súplica.

— ¿Tu investigación? Pero si aún no me graduó—sorprendida respondió Noemí.

—Pero eres la mejor en traumatología.

—Solo dentro de mi grado, además, usted cuenta con el apoyo del doctor Sanders y el doctor Ronney.

—¿Por qué no lo pensé antes? —sarcástico pregunto —¿Acaso piensa mandarme a la horca con esos verdugos?

Después de analizar la oferta, ella accedió a la petición de su amigo ganando un gran cómplice en su camino por la música. Cada vez que Noemí se ausentaba, el doctor Henry le justificaba delante de su tío, pero, aunque todas sus mentiras parecían tener buenos resultados, el en el

fondo, el doctor Henry tenía el presentimiento de que no tardaría mucho en descubrirle.

Capítulo 4

Tercer Compas

El arte de la música, al igual que muchas otras artes, rara vez pasa inadvertido, seas un conocedor o un simple espectador, todos saben identificar a un artista, desgraciadamente para que un músico alcance la grandeza, antes, tendrá que atravesar por algunos obstáculos, como el vivir con el parasito de la fama, y me refiero a ello como "parasito" porque, al igual que estos, la fama necesita del alago de los ajenos para poder subsistir, trastornando el verdadero concepto del arte en sí. Pero, aunque ese fue el motivo por el cual, este peculiar e importante personaje llego a la vida de Noemí, ciertamente, su participación ayudaría a encontrar el verdadero propósito de mi amiga.

A la casa de los Mayer llego un gran amigo de la familia, el señor Egmont Joseph. El señor Egmont era representante de incontables músicos virtuosos, íntimo amigo de muchos de los miembros de la Escuela Alemana y de los conservatorios de Austria y París, y un despistado accionista de algunas fábricas de porcelana de europea. El caballero tenía un hijo, su nombre era Gabriel Joseph, un joven chelista que había heredado las habilidades auditivas de su padre y las musicales de su difunta madre; en esos días el joven era maestro en el Conservatorio y miembro emblemático de la orquesta de París.

Algo por lo que el señor Joseph era identificado en Europa, era su gran interés por una mítica historia dentro del circulo de músicos, la leyenda de Aria; cada extraño evento lo vinculaba con este cuento, lo cual le ayudaba a ser positivo en un mundo carente de oportunidades, de modo que, tras varios años de certeras elecciones, se convirtió en uno de los representantes más solicitados de Europa, de ahí que la señora Schütz no dudase en llamarlo.

Después de haber escuchado la historia de Noemí, el señor Joseph lo tomo como un acontecimiento normal, el cual, tratándose de una joven que ciertamente no sabía lo que quería, debía ser bien trabajada para cerrar el negocio.

Por la tarde, Noemí recibió una carta de la señora Schütz en el que anunciaba la suspensión de clases hasta nuevo aviso. Al principio le pareció extraño la repentina suspensión, pero gracias a los exámenes de su último año (pues ya hacía un año y medio desde que tomo las clases de violín) lo considero oportuno. Pasaron los días y la carta de los Mayer no llegaba, aunque Noemí trataba de recordar las preguntas de sus exámenes, el terror de volver a su antigua vida le asfixiaba, pues para ese

momento, le era imposible pensar en un futuro sin la música, pero tras dos eternas semanas de silencio, en una tarde de lectura, una deseada visita llegó inesperadamente a la casa. Se trataba de la señora Schütz, quien de manera repentina la secuestro (por así decirlo) sin tener alguna oposición por parte de Noemí.

Aunque se alegraba de volver a la mansión de los Mayer, Noemí se inquietó al saber de la fiesta, pues aún no había visto a los invitados y tratándose de los populares Mayer, no podía permitirse que la viera algún vecino o ex paciente, afortunadamente solo se trató de una pequeña reunión con un extraño caballero. El caballero era aproximadamente de la edad del doctor Jethro, de complexión delgada, nariz aguileña, cabello castaño y ojos marrón muy oscuro; aunque parecía ser francés (pues hablaba con fluidez aquel poético idioma) sus facciones, presencia y desenvolverse para con los Mayer evidenciaba sus raíces alemanas. Esta similitud despertó en la joven intriga, la cual se dio a notar al ser presentada por la señora Schütz.

Lo que pareció una simple y educada charla, para el señor Egmont se convirtió en una enorme revelación; con solo mirar aquellos entusiasmados y radiantes ojos violeta se dio cuenta del ardiente deseo de Noemí por la música, sin duda, tarde o temprano terminaría entregando su vida a aquello cuya presencia, había impactado fuertemente su corazón, solo era cuestión de tiempo para sembrar la duda.

Luego de una amena charla con los anfitriones, la señora Schütz llamó a todos a cenar. Ofreciéndoles una mesa muy apetecible, los invitados se dispusieron a sentarse y quedándose a lado de Noemí, el señor Joshep empezó a planificar el sermón:

—Por cierto, Egmont ¿Cómo está tu hijo? Me imagino que ya es todo un caballero—preguntó el señor Karl.

—Así es, desde hace 3 años no deja de trabajar, hace apenas un mes no tenía mucho que regresaba de una gira, y ya tenía varias ofertas de conciertos.

—Bueno, el chico es un prodigio, era cuestión de tiempo para que fuera reconocido— dijo el señor Ernst.

—Siendo hijo de una talentosísima chelista, era lógico que fuera exitoso— agregó el señor Karl

—Es verdad, la esencia de Eleonor renació en los dedos de mi hijo, y eso me hace sentir bendecido, porque difícilmente se puede presumir una

familia de excelentes chelistas.

—También me gustaría resaltar el nivel de interpretación de ellos dos, porque siendo honesta, muy pocos chelistas logran bajar el cielo como ellos.

—Es cierto Elizabeth, muy pocos chelistas alcanzan ese nivel de belleza—comento el señor Ernst.

—¿Y qué me dices la señorita Constant Nicolle? Una excelente pianista, aún recuerdo los inmemorables duetos con Gabriel dentro del conservatorio; es una lástima que haya muerto tan joven, tiene tres años de eso y aún me duele su partida— tristemente evoco la señora Schütz

—¡Ni me lo recuerdes! Que mi hijo aún lo sigue lamentando— con un tono melancólico dijo el señor Egmont, pero después de recordar que estaban de fiesta, aquel caballero retomo su alegre compostura agregando— Pero bueno, hoy es un nuevo día festejando el inicio de un artista prometedor.

—¡Tienes razón Egmont!, brindemos por la señorita Noemí y por un gran futuro en la música. — con gran entusiasmo, exclamó la señora Schütz.

— ¡A su salud! — levantando sus copas, todos los presentes brindaron.

Noemí quedo desconcertada al escuchar esto, y acercándose al oído del señor Ernst, en voz baja le preguntó:

—Disculpe que le pregunte por esto, pero maestro ¿Por qué dicen un gran futuro en la música?

—Bueno, creo que a todos nosotros nos encantaría verte convertida en un músico profesional.

— ¿Músico profesional?

—Bueno, dudo que Egmont se abstenga de hacerte una oferta en cuanto te escuche, y aunque respeto tu decisión, conociendo tu gran potencial y sensibilidad, odiaría la idea de verte encerrada dentro de un frío hospital—tranquilamente el señor Ernst le respondió a la joven, acariciando delicadamente el dorso de la mano de Noemí.

Pasados unos minutos, sutilmente el señor Egmont inicio una conversación con Noemí:

—Me pongo contento cuando hay platillos bávaros, cada que los pruebo me recuerdan mucho a mi madre.

— ¿Usted es alemán?

—No, pero mis padres sí. Gracias a la enardecida pasión de mi padre por la comida parisina y la porcelana fina nací en Francia, a pesar de ello, mi madre siempre procuro preservar nuestras raíces y nuestro idioma, creo que por eso me siento tan alemán como ellos, pero, supongo que todos tenemos algo que nos hace recordar.

—Imagino que debe ser hermoso— nostálgica, dijo Noemí tras suspirar.

—¡Lo siento! No pensé que usted....— apenado por su comentario, el señor Egmont trató de disculparse.

—Por el contrario, agradezco su confianza al compartirme un hermoso recuerdo— gentilmente Noemí respondió, obsequiándole una linda sonrisa.

—No hay de que— enternecido por la gentileza de la joven, agradeció el caballero, y retomando su alegre actitud, para cambiar de tema, preguntó— Pero olvidemos todo y mejor dígame ¿Qué opina de esta improvisada fiesta?

—Muy linda, todo en ello es perfecto.

—Bueno, la familia Mayer es así con todo, siempre dando lo mejor a su público, así como usted, por lo que me contaron los Mayer, usted tiende a dar lo mejor en su trabajo.

—No lo sé, supongo que me agrada mi trabajo.

—¡Interesante respuesta!

—¿Por qué lo dice?

—Es que su respuesta contradice el cansancio en su jovial rostro.

—Bueno, en estos días mis actividades me han exigido de más.

—Estudiar violín y medicina al mismo tiempo debe ser exhausto, afortunadamente el ritmo se asimila cuando se aceptan los cambios— dijo esto, mirando fijamente el desconcertado rostro de Noemí—Sabes, hay gente que, siendo prometedor, se niegan a avanzar por miedo a los cambios, volviendo su vida algo rutinario....

—¿Rutinario?

—La vida promedio, el camino de las masas, el instinto de supervivencia

Al ver su confundida expresión, con gran ternura el caballero agregó:

—Si me permite, le hare la siguiente pregunta— Noemí asintió con la cabeza, en respuesta a la petición del señor Egmont— Según su punto de vista ¿Qué es peor, vivir una vida con inestabilidades o una ordenada?

—Bueno, pienso que la inestable.

— ¿Y porque piensa así? — ligeramente intrigado, preguntó a la joven.

—Porque la vida ordenada es más segura, y por ello, más fructífera para nosotros y para las futuras generaciones.

—Pero si lo que usted dice es cierto, entonces ¿Qué pasa con la frase “El que no arriesga no gana”? ¿Acaso las vidas inestables que arriesgan todo no tienen frutos?

—Sí, pero en mínimos casos, para la mayoría, su resultado viene a ser nada.

—Si es visto a corto plazo puede que sí, pero si viéramos más allá de lo que nuestros ojos ven, se daría cuenta que esos riesgos dan su fruto hasta mucho después, impactando las vidas de las futuras generaciones— muy seguro, el señor Joseph le explico a Noemí, pero al darse cuenta de que su respuesta no le había sido tan clara, rápidamente cambio de táctica—Tengo entendido que tiene raíces judías ¿Cierto?

—Asquenazí para ser especifica.

—Entonces, usted mejor que este servidor sabrá de lo que hablare. Por ejemplo, si su patriarca Abraham hubiese preferido la vida monótona y no hubiera divagado para encontrar Canaán, bueno, seguramente no tendríamos el gusto de tenerla aquí entre nosotros. ¿Y qué decir de Moisés? En vez de liberar a los judíos y divagar por el desierto, pudo haberse conformado con una vida cómoda en Egipto, aun así, no lo hicieron ¿y sabe por qué?

—Porque Dios se los ordeno.

—Bueno, en la mayoría de los casos tenían la opción de rechazar el mandato...

Al escuchar aquel argumento, la jovencita mostró gran interés a su comentario, y de inmediato, su vista se tornó al rostro del caballero, quien

entusiasmado agregó:

—Mas que obediencia, ellos tenían fe, fe de que Dios los llevaría a cumplir su propósito. Una vida de fe es una vida inestable porque, no sabes porque caminos andarás, ni tu fuerza, ni tus conocimientos podrán ser suficientes para enfrentar lo que viene, lo único que tienes es la esperanza de que sea cual sea la forma, si confías en Dios, alcanzaras las cosas gloriosas, las cuales, trascienden hasta las futuras generaciones.....

Y mientras el señor Egmont hablaba, los hermanos Mayer se cuchicheaban entre si diciendo:

—¿Abraham? No puedo creerlo. ¿Qué tiene que ver Abraham con la música? —indignado, musito el señor Ernst.

—Si citar a Abraham ayuda a que la señorita Noemí se convierta en una violinista profesional, entonces, tiene mucho que ver, así que no te exasperes —le dijo el señor Karl para tranquilizarlo.

Cuando el señor Egmont termino de hablar, la señorita Noemí dijo:

—Reconozco que ellos fueron hombres de fe, y los respeto en todo sentido, pero, no todos somos llamados por Dios o tenemos algún propósito, en especial alguien como yo— con firmeza, argumento Noemí.

— ¿Y qué tal si sí? — en medio de un breve silencio, el señor Egmont agregó—Señorita Noemí, usted mejor que nadie, sabe que el talento de tocar el violín de manera tan repentina es algo imposible, y el que usted tenga ese don no es solo por coincidencia.

Este comentario trajo temor en la joven, el temor de dejarse llevar por sus deseos, así que molesta, Noemí profirió:

—Señor Egmont, con todo respeto, pero, no creo que a Dios le agrade que me presente en un concierto, solo, para deleitar al público.

—Y estoy de acuerdo en ello, pero si se aventurase a buscarlo en ese mundo, seguramente se encontraría con Él, además, en el fondo de su corazón, le aseguro que no desea vivir una vida rutinaria.

— ¿Y qué pasa si me quedo en la rutina como todo el mundo?

—Pues, temo que al igual que muchos, a su vida vendrá la frustración, la cual, se quedará hasta el día de su muerte, haciéndole la misma pregunta: ¿Qué hubiese pasado si yo hubiera aceptado?

Las palabras llegaron a Noemí como daga al corazón, la tristeza que sintió cuando dio por pérdidas las clases le hizo ver la realidad de este

argumento, pero ella sabía que, si se decidía por la música, enviaría por el precipicio toda una vida de estudio y cuidados de su tío, así que, agachando su mirada, gentilmente aquella joven pidió que no se hablara más del tema.

Terminada la cena, todos los invitados fueron a la sala de música para hacer un recital familiar (el cual era más parecido a un pequeño baile). Luego de que el señor Ernst se sentara en el piano, el señor Joseph invito a la señora Schütz a bailar, mientras tanto, Noemí se quedó sentada con su maestro.

En toda la conversación con Noemí, el señor Karl no hizo más, que alagar la carrera del hombre y de los numerosos clientes que había ayudado, incluido el joven Gabriel, pero luego de un gran historial, el caballero comento algo que llamo la atención de Noemí, el hecho de que el caballero no se sorprendiera de su repentino talento.

¿Por qué no se sorprende ante lo imposible?

¿Acaso sabe algo de mis antepasados?

Pero antes de seguir indagando, con mucha emoción, el señor Ernst le pidió a Noemí que tocara algo. Ante la sorpresa, Noemí se levantó de su asiento, pero antes de tomar su instrumento, el señor Egmont se acercó al señor Ernst, pidiendo permiso para poder acompañar a Noemí con el piano, a lo que gustoso, acepto.

Al estar frente al señor Egmont, Noemí miro al caballero, esperando el reto del representante; al poner sus dedos sobre las teclas del piano, el caballero dio sus primeras notas, naciendo una pieza histórica: En ella, el llanto de un reino glorioso se escuchó, pues a él, habían llegado grandes invasores, los cuales, a paso fuerte destruyeron todo a su alrededor; siendo su respiración la única música de luto, aquel reino tenía la esperanza de que pronto, el Ser en quien ellos pusieron su esperanza habría de venir y con su voz quebrantaría la fuerza de sus enemigos levantándolos del solitario silencio ¿Cuándo vendrá por nosotros? Clamaba el violín, ¿Cuándo volveremos a escuchar tu voz? Suplicaba el piano, despierta de tu sueño, que aun espero verte llegar, claman los dos instrumentos, pues toda mi vida es solo para ti...

Al terminar la pieza, asombrados, todos se levantaron de sus asientos, pero poco antes de poder aplaudir, una visita interrumpió de manera súbita la reunión. Se trataba del doctor Jethro y el doctor Henry:

— ¡No puedo creerlo! — aturdido, exclamó el doctor Eisenberg.

— ¡Buenas noches caballeros! ¿Se les ofrece algo? —con su toque

delicado, le dijo la señora Schütz la cual fue investida por el doctor.

—Creo que, en este momento, la cortesía está de sobra, en cuanto a su pregunta, usted, como todos los presentes, debe saber el motivo de mi visita—exasperado, respondió el doctor Eisenberg a la señora Schütz

Y desviando su mirada hacia Noemí, tajantemente le ordeno que dejara el violín.

— ¿Quién es usted para hablarle de ese modo? —defensivo, intervino el señor Ernst.

—Yo soy el tío de esta joven, su único tutor y he venido a llevármela —exasperado, contesto el doctor..

—Eso no le da derecho a llevársela —reclamo la señora Schütz.

—Usted no está en condiciones de decirme lo que debo o no hacer con mi sobrina —con la misma exasperación, le reclamó a la señora Schütz, y enfadado agregó — ¡Noemí vámonos!

—Caballero, con todo respeto, temo que está mal interpretando las cosas, los caballeros aquí presentes no han hecho nada malo— el señor Egmont trató de tranquilizar al doctor Eisenberg.

—Claro que sí, indujeron a mi sobrina a desobedecerme poniéndola en peligro, esos son grandes motivos para enojarme— le responde el doctor Eisenberg.

Y sin darle la oportunidad para despedirse, el doctor Jethro cubrió a su sobrina con su abrigo, llevándosela hacia el carruaje, pronto, los caballos se encaminaron hacia la casa de Noemí dejando atrás a los angustiados maestros.

Después de que Noemí y su tío se marcharan, desconcertados, los invitados se miraron unos a otros, reprochando el enojo del tío, todos excepto el señor Egmont, quien curiosamente parecía estar satisfecho:

— ¡Esto es tan triste! Ahora entiendo porque Noemí nos pidió que no hablásemos de esto con su tío — muy angustiada, dijo la señora Schütz.

— ¿Tan despreciable es para él la música, que obliga a su protegida a odiarla? —Pregunto el señor Karl.

—¡Por supuesto que no! — muy convencido, respondió el señor Egmont.

—Bueno, si no la desprecia, entonces ¿porque reacciono de ese modo?

—sarcástico, preguntó el señor Ernst.

—Porque tiene miedo a que ella descubra la verdad.

— ¿La verdad? ¿A qué te refieres con eso? —confundida, pregunto la señora Schütz.

—De donde viene ella, su naturaleza.

Ante sus palabras, intrigados, todos miraron fijamente al caballero:

— ¿De que estas hablando? ¿Acaso sabes algo? — preguntó el señor Karl.

—¡Vamos hombre! si sabes algo, solo dilo— exclamó el señor Ernst.

Y recargándose en la chimenea, con una sonrisa llena de satisfacción, el señor Egmont dijo:

—La canción que tocamos hace rato se llama "El yacer de Aria".

Al escuchar la respuesta, todos se sorprendieron porque esa canción, al igual que su origen, se encontraba pérdida en la historia por su dificultosa interpretación.

¿Cómo alguien que no conocía nada de música sabia esta canción?

¿Cómo saber la verdadera respuesta si su mentor le había descubierto?